

POR NUESTROS MARES DEL SUR

La Ventana del Diablo

Por

Raúl TORRES Rodríguez

Capitán de Fragata (R)

Armada de Chile

Hace algunos años, arribó a nuestras costas un pequeño carguero que, tras algunas andanzas, pasó a poder de la Armada, la que lo acondicionó debidamente para dedicarlo a transporte auxiliar, en cuya tarea oficiales y personal de la Base Naval, suplieron con entusiasmo y fe la carencia de dineros presupuestarios. Terminada ésta, se le rebautizó con un nombre histórico, izando en su asta de popa el emblema nacional.

Era un barco que registraba en su bitácora curiosas aventuras experimentadas por diversos mares del mundo, siendo una de las más interesantes, el que un día que se encontraba fondeado en un puerto norteamericano, lisa y llanamente se fue a pique. Lo hizo, diríase, en busca de paz, silencio, tranquilidad; paradójicamente, en el fondo fangoso de uno de los puertos más bulliciosos del mundo. ¿De cómo fue puesto nuevamente a flote?, ¿en qué circunstancias llegó a nuestras costas?, ¿cómo pasó a poder de la Armada chilena? . . . ; Dejemos estos interrogantes entre las carcomidas páginas de su viejo bitácora.

Me encontraba por aquel entonces en una repartición del puerto militar. Impuesto de las comisiones que se asignarían a esta unidad, que en lo fundamental consistirían en mantener abastecidos de combustible —carbón— todos nuestros puertos desde Arica a Punta Arenas, principalmente en nuestros mares del sur, y ¿por qué negarlo?, atraído por

su pasado aventurero, solicité el mando. Obtenido éste, me aboqué a la tarea de buscar mis colaboradores, consiguiendo de inmediato la designación de segundo comandante para mi buen amigo, el inteligente, ocurrente y gracioso teniente Moat, con quien habíamos vivido largas tertulias invernales, recordando nuestra común vida por los canales australes y la atracción que éstos nos brindaban. De entre los buques apontonados nos llevamos a bordo, como contramaestre, a Ricardo Antiguay, chilote, natural de Queilen; nacido marinero, criado entre jarcias y obenquillos, columpiado en el moco de un bauprés, crecido al arrullo de lobos marinos, educado entre hombres que conocían tan bien el arte de la brujería isleña como la aventurera profesión del mar. Habíamos navegado juntos en más de un barco de nuestra Armada y siempre recordaba sus amenas y casi inverosímiles charlas en el pañol de granadas de la Torre 5, como buenos "latorrinos". Como algo imprescindible, sacamos de una repartición naval al nunca bien ponderado Félix Ormeño, para mayordomo de cargo. Quienes lo recuerden estarán conmigo si digo que era eficiente, capaz; de no menos interesantes aventuras a lo largo de la costa; audaz, resuelto. Igual empeño pusimos en elegir al personal de máquinas y de cubierta y en esto último Antiguay colaboró con acierto.

Tuve la suerte que la Dirección del Personal destinara al barco a un grupo de oficiales subalternos selecto, que llevaban en el alma mucho de ese espíritu aventurero que es casi indispensable en quienes abrazan la profesión del mar. Supieron disfrutar conmigo de ese año de correrías inolvidables. Hasta hoy, ya alejados del mar, cada vez que nos encontramos, revivimos esos días inigualables.

Heme aquí una tarde otoñal en el puente de mando, pensativo, observando la silueta de mi barco, que se proyectaba nítidamente con el sol muriente, en el fondo mismo de la Boca Chica, paso por el que dejábamos la rada de Talcahuano. Era una sombra larga y negra de enormes palos y una estirada chimenea que se prolongaba en el humo espeso hacia las nubes. En mi mente se entremezclaban las páginas marino-aventureras de ese largo y carcomido bitácora con que atracara un día al molo de un puerto nuestro.

Largo sería narrar los viajes, los numerosos viajes que hicimos ese año en nuestra intensa costa. Bástenos decir que en ocho oportunidades recalamos en Punta Arenas, con nuestras bodegas atochadas de carbón y la cubierta, camarotes y cámaras, repletos de pasajeros —tripulantes y familiares— en cumplimiento de nuevos destinos. Y una vez, hasta batimos un record: tres días y once horas, en pleno invierno, entre Lota y el puerto austral. ¡El viejo barco sabía deslizarse con la vertiginosidad de una tunina cuando así se le exigía! Pero no son mis intenciones narrar esas decenas de misiones cumplidas; quiero contaros algo sobre la "Ventana del Diablo", y en esto debo alargarme en consideraciones relativas a mi contramaestre Antiguay.

He manifestado muchas veces que siempre tuve un especial afecto para con estos fieles servidores. Lo cultivé en la "Yelcho" y la "Micalvi"; en la "Condell" o en la "Galvarino". Los admiré toda mi vida por eficientes y leales, y porque siempre representaron para mí exactamente lo que los hombres oceánicos llamamos "lobos de mar". Recordemos al viejo Yates, con su bien cuidada figura, incrustado en el "Latorre", por años y años: formaba parte integrante del acorazado; pertenecía, por así decirlo, a su inventario; a Cifú —se llamaba Cifuentes, pero su analfabetismo sólo le había permitido firmar con esas cuatro letras; sin embargo, llevaba correctamente la más heterogénea contabilidad en forma que nadie, por muy listo que fuera, se atrevería a engañarlo en una escobilla para coy, o en una barra de jabón—. Y a mi contramaestre Faraúndez, su correcto apellido era Faúndez, pero eso nadie se lo haría entender. Y al viejo Contreras, rey de la arboladura en la "Baquedano", cuya rabiza prendida a la cintura estaba siempre lista para saltar sobre quien pretendiera desobedecer sus órdenes.

Esos contramaestres de antaño, incrustados en el mar como algas vivientes, amaban a su buque más que a sus ojos; formaban parte de su arboladura o, como en la "Baquedano", eran maniobra, sonido de pilotos, chirriar de cadenas, azotar de escotas, rugir de botavaras, crujir de bayonias; eran, en fin, la nave misma de quilla a perilla hecha macho

curtido en las aguas salobres de siete océanos.

Antiguay, además de todas esas cualidades, unía a sus conocimientos maríneros —como buen chilote— un espíritu supersticioso desarrollado en grado superlativo, y conservaba de sus años mozos un bagaje de anécdotas inagotable, anécdotas y aventuras de sus primeros veinte años pasados en una lancha isleña negra y panzuda.

Una tarde que charlábamos en cubierta, por allá por el Paso del Indio, admirando la vertiginosidad de los "patos a motor" que cruzaban la proa de nuestro barco, trataba yo de tirarle un poco la lengua para que me contara una nueva aventura, cuando, de repente, como recordando algo, me interrogó:

—¿Conoce Ud. Comandante, la "ventana del Diablo"?

—No, respondí, en las cartas náuticas ni en los derroteros existe paraje alguno que lleve ese nombre.

—Bueno —respondió Antiguay—. Ud. ha pasado muchas veces por allí, pero solamente de día. Queda en el Paso del Abismo.

En verdad, siempre que navegué al sur, o en mis viajes de regreso, gustaba de pasar por el Abismo, maravilloso capricho de la naturaleza ubicado unas veinte millas al sur de Puerto Edén, entre el canal Wide y el Paso del Indio. El primero se bifurca al llegar a isla Saumarés, en dos brazos: el oriental conocido con el nombre de Grapler y el occidental llamado Abismo. Aquel es más ancho y está alumbrado por dos faros, pero, en invierno, generalmente se cubre de témpanos, por lo que debe navegarse con cautela. El Abismo es muchísimo más angosto y de una belleza sencillamente impresionante: enormes montañas de roca viva forman una garganta de aguas profundas; son cerros cortados verticalmente —"a pique", en lenguaje náutico— a los que podemos acercarnos con la nave casi hasta tocarlos con las manos. Desde altos picachos caen, de trecho en trecho, sonoras cascadas de purísima agua inagotables. El canal mismo tiene una extensión de aproximadamente diez millas.

Durante la travesía de la parte más angosta, las naves de guerra suelen dis-

parar sus cañones para escuchar el eco que se repite siete veces invariablemente, como un bramido penetrante que va elevándose roca arriba hasta perderse en el firmamento. Nosotros acostumbrábamos lanzar tres largos pitazos, cuyo eco parecía nunca terminar: se alargaban hasta lo alto como el humo intenso de nuestra larga chimenea. Algunos tiros de rifle disparados contra los "patos a motor", penetraban retumbantes en las altas montañas.

—Sí, mi Comandante —continuaba Antiguay—; en medio del paso, en los cerros del lado del mar, cerca de una cascada que cae quejumbrosamente, hay una abertura que es la ventana por donde se asoma el Diablo a medianoche. Ud. no deberá pasar nunca por allí a altas horas. El finao Barrientos, mi compadre —"El Cholga Barrientos", como lo llamaban— yace en el fondo del Abismo con su cutter, por haberse atrevido a desafiar al Diablo una noche de invierno, pretendiendo burlarse de él, cruzando el canal rumbo al norte. Cuentan que a quinientos metros de la ventana están los restos de un buque inglés que al aventurarse por esos parajes después de medianoche, fue arrasado por dos lenguas de fuego. El capitán quiso, inútilmente, lanzar la nave contra la costa para salvar su tripulación: sucumbió antes y allí yacen en las profundidades, entre las llamas; porque ahí "nuainá" rocas en el fondo, sino solamente fuego calcinante, el fuego de los dominios de Lucifer.

—Bien, viejo supersticioso —respondí— de repente voy a pasar por esos lados a medianoche y entonces te quiero ver. A lo mejor nos quedamos haciendo compañía a tu compadre "El Cholga" (Q.E.P.D.).

Le di un palmazo y me fui al puente de mando.

Diez días después regresamos al norte. Estábamos en plena estación primaveral. El tiempo magnífico era coronado por noches de luna maravillosa. Era una luna blanca inmensa, sólo comparable a aquellas lunas brasileñas que han hecho inventar a los amantes el exquisito verbo "luar". Nos acompañaba largas horas... Como de costumbre, navegábamos sin detenernos, aprovechando el buen tiempo y la protección de luminosas estrellas.

Una tarde nos adentramos en el Wide. Calculé que podríamos fondear a las dos de la mañana en Puerto Edén, en donde esperaríamos marea favorable para cruzar la Angostura Inglesa muy de alba. La luna, que declinaba lentamente, se ocultaba poco a poco tras las altas montañas. Enormes sombras se proyectaban sobre las aguas, semejando inexistentes islas, negras rocas, puntas que como oscuras lenguas se incrustaban en la ruta. Hay que conocer muy bien las sinuosidades de la costa si se navega cerca de ésta a toda fuerza en tales circunstancias, pues si pretendemos situarnos por demarcaciones, difícil será para quien no conoce, distinguir dónde termina una punta o un cerro, o dónde comienza y termina una sombra, fácilmente confundibles. La cosa es muy distinta si se cuenta con el maravilloso instrumento moderno que es el "radar".

Serían más o menos las once y media de la noche cuando embocamos el Abismo. El teniente Moat, que estaba en el puente, se fue al castillo dispuesto a comunicarme cualquiera novedad. Tendido de bruces entre los escobenez, haciendo embudo con las manos sobre los ojos, miraba decididamente adelante. El barco iba a toda fuerza; yo dirigía el rumbo impasible, preocupado solamente de la costa de babor que se encontraba a unos diez metros de distancia; había tomado la precaución de pasar lo más cerca posible precisamente para no perder detalles de la menor sinuosidad, cerciorándome fácilmente dónde estaban los salientes y entrantes de las montañas.

—¡Gobierne al 340, timonel...!

—¡Así..., 340!

—¡345...!

—¡Así..., 345!

La proa caía a babor o estribor siguiendo las sinuosidades del canal, obediendo a mis órdenes.

—¡Tierra por la proa...!

—¡Son sombras, teniente Moat...!

Mi "segundo" escudriñaba la ruta nerviosamente. A su lado, sin que se diera cuenta, Antiguay, afirmado en la barandilla, seguía impaciente las caídas de la nave. Rugientes cascadas se desprendían desde las cumbres una tras otra, trazando heridas blancas burbujeantes sobre las faldas negras de los cerros.

El oficial de guardia entrante había llegado al puente y sin que nadie se lo pidiera se colocó al lado del telégrafo de órdenes a la máquina, con sus manos sobre las manillas de mando. Miraba hacia proa preocupado. De repente, el mensajero, cumpliendo la rutina establecida, tocó cuatro dobles campanadas que indicaban la medianoche. En esos mismos instantes, al lado de una cascada que caía sonoramente, revolviendo la superficie negra de las olas, apareció una rajadura entre los cerros y por ella la luna proyectó sus rayos como una lengua de fuego.

—¡Tierra por la proa...! —gritó Moat, una vez más.

A pesar de saber perfectamente dónde me encontraba, al ver la lengua roja que comenzaba a cruzarnos, recordé al contramaestre Antiguay y su historia que días antes me narrara. Estoy seguro además que se me apareció en esos momentos "El Cho'ga Barrientos"; el hecho es que fuera de tino, grité:

—¡Toda fuerza atrás...!

El oficial que estaba junto al "stand bye", puso "repetido atrás". El buque se estremeció violentamente. La cascada caía rugiente, produciendo a proa una mar revuelta. Numerosos "patos a motor" cruzaban como torpedos luminosos a gran velocidad en uno u otro sentido. La hélice, girando violentamente atrás, producía un estruendo que remecía las entrañas del barco. Las cuatro campanadas dobles se retorcián cien veces amplificadas, como truenos metálicos ascendiendo de montaña en montaña. ¡Era un todo terrible, tétrico, impresionante...! Era un eco mortal inacabable que se paseaba por la nave de proa a popa, de babor a estribor, de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba... La lengua de fuego lo invadía todo; al pasar por el puente de mando, abrasó mis mejillas, para luego perderse tras el asta de bandera.

—¡Tierra por la proa...! —gritó Moat, nuevamente.

Repuesto ya de mi inexplicable paralización, ordené:

—¡Toda fuerza adelante...! —y luego—, ¡teniente Moat, aliste para fondear!

Los oficiales que dormían en esos momentos, al sentir las vibraciones del bu-

que que daba atrás violentamente, salieron a cubierta y aseguraban que la impresión primera fue que el buque estaba en llamas.

—¡Cierra a estribor, timonel...!

—¡Así, la proa...!

Escapolé cerradamente la punta norte de isla Saumarés y treinta minutos después largamos anclas en caleta Grapler.

Me dirigí al camarote en espera del segundo comandante que pronto llegaría a pedir instrucciones. Saqué mi inseparable botella de ron de Jamaica, dispuse tres pequeñas copas y mandé llamar al contramaestre.

Moat llegó de inmediato. Sus ojos enrojecidos le daban un aspecto impresionante, demostrando claramente el esfuerzo realizado contra el mar y el viento. Sus mejillas mostraban el color característico de las grandes emociones. El contramaestre apareció pálido, sus pequeños ojos desencajados me parecieron dos lenguas de fuego.

—Comandante —comentó "mi segundo" que desconocía la historia que días antes me había contado Antiguay— no sé por qué me pareció ver sobre el mar, en los precisos momentos que dábamos atrás, una columna de fuego...

—De buena nos hemos librado —agregó mi contramaestre—. Si no hubiera resuelto fondear, a estas horas estaríamos en las profundidades, quemándonos en la guarida del Diablo, tal vez junto a mi compadre. ¡Esta no la cuenta dos veces...!

—Tómate esta copa, viejo supersticioso y anda a descansar los nervios.— Mi contramaestre se la bebió sin pestañear.

—¡Buenas noches, mi Comandante!

—¡Buenas noches...! —respondí.

Con Moat, nos miramos silenciosamente y silenciosamente nos bebimos una segunda copa.

¡Nunca como esa noche, me ha parecido más reconfortante el legítimo ron de Jamaica!...

